

« Hágase en mí según tu palabra » (Lc 1, 38).
María: contemplación y predicación de la Palabra.

« ¡He visto maravillas! ». Esta exclamación del Beato Juan José Lataste, tras su primera experiencia de predicación a las reclusas de la prisión de Cadillac, podría servirnos como introducción a este nuevo año de preparación para el Jubileo de la Orden. El tema de este año es: « *Hágase en mí según tu palabra (Lc 1, 38)* ». *María: contemplación y predicación de la Palabra.*

¿Cómo puede guiarnos esta exclamación del Apóstol de las prisiones durante este año de nuestra novena? Recordemos que el padre Lataste acababa de predicar en un lugar marcado por el abandono, que había hablado a mujeres deshechas por la vida y por las graves acciones por las que fueron declaradas culpables, cansadas de las condiciones difíciles de la prisión y agobiadas ante un futuro incierto. Y a pesar de todo esto, tras haber predicado la Palabra de la Luz y de la Verdad en aquel lugar abandonado, el Padre Lataste había visto maravillas. Había contemplado la obra de la Palabra que predicaba, la obra realizada por la misericordia de Aquel que « nos ha amado con su amistad, con una amistad perfecta ». Para él fue maravilloso descubrir con cuánta fuerza estas mujeres, apartadas de la sociedad de los hombres, recibían la Palabra de misericordia y experimentaban lo que significaba ser recreadas a imagen de la humanidad de Cristo. ¡Contemplación!

Este episodio muestra que la contemplación y la predicación de la Palabra constituyen como el corazón de la vida y de la misión de la Orden de Predicadores. No se trata de oponer una cosa a la otra, como si los frailes o las hermanas tuvieran que estar buscando continuamente un equilibrio difícil entre el ministerio activo de la predicación y el retiro en el silencio de la contemplación. Podemos recordar el comentario iluminador que hace el Maestro Eckhart al evangelio de Marta y María. Al ser por una parte contemplación y, por otra, predicación de la Palabra, el ministerio de los Predicadores impulsa a seguir el ejemplo de María, cuando ante el anuncio del ángel, acepta dar a Jesús « el Señor salva » (Mt 1, 21) al mundo. Después de haber narrado el episodio de Jesús en el templo en medio de los doctores, el evangelista san Lucas dice que « su madre guardaba todas estas cosas en el corazón » (Lc 2, 51). Acogiendo la Palabra de misericordia y de vida, María indica el camino para una « humanidad contemplativa ».

Me valgo de las palabras del Arzobispo de Cantorbery en su alocución durante el Sínodo de los Obispos, el 9 de octubre de 2012, en la que mostró cómo la contemplación está en el corazón mismo de la evangelización: « La evangelización, primitiva o nueva, debe estar enraizada en la profunda confianza de que poseemos un destino humano inconfundible para mostrar y compartir con el mundo ». Y más adelante: « Ser completamente humano es ser recreado a la imagen de la humanidad de Cristo; y esta humanidad es la perfecta ‘traducción’ humana de la relación entre el Hijo eterno y el Padre eterno, una relación de amor y adorada entrega, un desbordamiento de vida hacia el Otro. Así, la humanidad en la que nos transformamos en el Espíritu, la humanidad que queremos compartir con el mundo como fruto de la labor redentora de Cristo, es una humanidad *contemplativa*. Edith Stein observó que empezamos a entender la teología cuando vemos a Dios como el “Primer Teólogo”, el primero que habla acerca de la realidad de la vida divina, porque ‘todas las palabras sobre Dios presuponen la propia palabra de Dios’. De forma análoga, podríamos decir que empezamos a comprender la contemplación cuando vemos a Dios como el primer contemplativo, el paradigma eterno de la desinteresada atención al otro que no trae la muerte,

sino la vida a nuestro yo. Toda contemplación de Dios presupone el propio conocimiento gozoso y absorto en sí mismo de Dios, mirándose fijamente en la vida trinitaria ».

En esta etapa de preparación para el Jubileo de la Orden estamos invitados a centrar nuestra atención en la contemplación. Siguiendo el ejemplo de María, que meditaba en su corazón el misterio de su Hijo, y que conduce hacia al corazón mismo de nuestra consagración a la Palabra, « luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo » (Jn 1, 9). Nos conduce allí donde se pregunta por humanidad, unidad y salvación. Por humanidad, porque más allá de todo nuestro esfuerzo en las prácticas contemplativas, éstas son en realidad el camino por el cual queremos exponer nuestra propia humanidad para que sea tomada y, por medio de la gracia de Dios, transformada por el misterio insondable de la revelación del Hijo de Dios en la humanidad. ¡Y cómo quisiéramos que esto se tradujera, cada día más, en la realidad concreta de nuestras relaciones fraternas y en nuestra mirada hacia los demás y hacia el mundo! De unidad, porque la contemplación no se define solamente por un espacio y un tiempo “reservados”, sino que invita a asumir con todo nuestro ser y con todo nuestro tiempo ese cara-a-cara (« aquel que mire hacia Él, resplandecerá ») por el cual nos exponemos a la mirada silenciosa de Dios que nos enseña el amor, la justicia, la humildad y el arrepentimiento, la acción de gracias y la esperanza. ¿Esto no implica un corazón unificado que pueda protegernos de la agitación y de la dispersión, que con tanta frecuencia amenazan nuestros compromisos evangelizadores? De salvación, cuando, llevados por la presencia inaprensible de Dios que viene y que perdona, como sucedió al hijo pródigo del Evangelio, no tenemos palabras para pedirle que nos dé nuevamente la vida. ¿Cómo no traer a la memoria aquel primer día en que, al consagrar nuestra vida a la predicación, pedíamos la gracia de la misericordia?

Contemplari et contemplata aliis tradere... Todos sabemos que este lema de la Orden no describe dos etapas sucesivas en el ministerio de la evangelización. No llegamos a la contemplación como quien va al mercado a comprar lo que después distribuirá. Es verdad que nuestro lema recuerda que no habría predicación sin contemplación. Pero también afirma que la evangelización procede de la contemplación, porque esta última es de algún modo la invitación (el don) más precioso que puede ofrecer la evangelización a la humanidad. La contemplación abre, con la humanidad y para la humanidad, el camino del anhelo de la Verdad. Este anhelo es el eco en nosotros del anhelo de Aquel que viene a amarnos como amigo, que viene a proponerle a la humanidad una alianza de amistad: esta alianza que « está en juego » en cada uno de nosotros por el compromiso de Su Palabra en la nuestra, o más bien, cuando nuestra palabra se abre a la escucha de la Suya: « ¡Hágase en mí, según tu Palabra! ». Estas sencillas palabras muestran cómo la vida de cada uno puede fundamentarse en la confianza absoluta en la Palabra de Dios, que promete y realiza la alianza de amistad, y en la espera incansable que escruta, dentro de esta misma alianza, el misterio de amistad en Dios que es su última Verdad.

Dios habla al mundo y, para descubrir esta realidad inusitada, la contemplación nos ayuda a recibir su presencia silenciosa. Una presencia que abre nuestro corazón a la escucha de la Palabra que Dios dirige al mundo y a cada uno en particular. Es posible describir los “medios” para entrar en esta actitud contemplativa. Y, más aún, es importante prestarle atención a los caminos que la tradición de la Orden nos ofrece. En todos estos caminos, la Palabra de Dios tiene un lugar central: su escucha, su celebración, su meditación y su estudio. La Palabra de Dios es central dentro de la escucha que hace posible una vida fraterna. Con frecuencia corremos el riesgo de reducir la vida entre los frailes o entre las hermanas a aspectos concretos y prácticos, muchas veces alegres, pero también cargados a veces de toda

la fragilidad de nuestra humanidad. Nuestros hermanos y hermanas nos han sido dados, antes que nada, como portadores de la Palabra, como exégetas de la Palabra que obra en ellos y a través de ellos. La Palabra ocupa un lugar central en la celebración litúrgica, que no es una tarea que debe cumplirse, sino más bien, el ritmo dentro del cual celebramos la Presencia de Dios, con el fin de recibir, por medio de la oración común, nuestra propia capacidad de oración y de contemplación. La Palabra es central en la meditación de la *Lectio Divina*, a la que podríamos darle una mayor importancia, de modo que la “centralidad” de la Palabra de Dios sea verdaderamente el corazón de toda nuestra vida. Siguiendo el ejemplo de Tomás, la Palabra ocupa un lugar central en nuestro estudio, sabiendo que el esfuerzo de la razón es una de esas ocasiones en que se nos invita a darle la palabra a Aquel que es el “Primer teólogo”. Así la Palabra podrá llevarnos a reconocer a Dios como “el primer contemplativo” y a dejarnos instruir por Él.

« ¡He visto maravillas! ». La experiencia de una visión semejante fue la que condujo un día a Tomás a relativizar toda la ciencia teológica que había formulado. Esto no quiere decir que el trabajo intelectual no sea importante, sino que Tomás quería que desapareciera ante la adoración de Cristo que dirige su mirada hacia la humanidad. Es la misma experiencia del Beato Juan José Lataste cuando veía, maravillado, en los rostros de las reclusas el reflejo de la mirada misericordiosa de Dios hacia ellas. En los dos casos, la mirada contemplativa que se dirige a Dios es una respuesta a Dios, quien ha dirigido primero su mirada hacia la humanidad y hacia cada uno de nosotros: « Él ha mirado la humildad de su sierva ». Esta mirada que expresa el amor inaudito de Dios hacia su creatura, que la lleva a existir, que la sostiene continuamente en su obra creadora, que la anima en el misterio de la Trinidad. En la contemplación es importante la mirada. Purificar la mirada permite que habite en ella la luz misteriosa de la mirada de Dios. Muchas veces la mirada de los contemplativos sorprende por su claridad: al dirigir su mirada interior hacia Dios, ellos y ellas, encuentran la mirada que Dios dirige hacia la humanidad, la mirada que ilumina su propia mirada hacia los astros y hacia el mundo. En tal momento, las palabras humanas callan para que, en el silencio de un suave murmullo, pueda escucharse la Palabra de vida. El silencio es padre de los predicadores...

Dios habla al mundo y se dirige a cada uno en particular. En la Anunciación, María vive profundamente esta experiencia. Elegida entre las mujeres, es como la figura de todo el pueblo, de su espera de Dios y de su convicción de que el Dios de la promesa actúa en la historia humana. María no se muestra sorprendida frente al anuncio de que Dios quiera dar un Salvador a la humanidad, porque esta es su esperanza y la esperanza de su pueblo. No duda que este Salvador vendrá al mundo tomando nuestra humanidad, más bien, parece recibir este anuncio dentro de la lógica de la promesa. La pregunta que se hace se refiere a ella misma y al hecho de que una “pobre jovencita” tenga que ver con su realización. ¿Cómo será posible? « El Espíritu vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo... ». ¿No es éste el comienzo del tiempo de la contemplación? Hay un tiempo para dirigirse a Dios, y un tiempo para entrar en el silencio donde Él se dirige a nosotros, o mejor, donde Él despliega el misterio de su presencia. Cuando a una monja le preguntaron: « ¿Qué debo hacer para contemplar? », respondió: « Pidiéndole a la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo que venga a vivir en mí, que se ame en mí y que me nutra con su amor ». La contemplación se da cuando todo nuestro ser queda prendado por el misterio de este amor que actúa en el mundo y viene a habitar en nosotros. Entonces, la predicación ya no es transcripción en palabras humanas de una verdad alcanzada por el intelecto, sino que quiere ser eco de ese “estar prendado”, a la vez con la inteligencia y el corazón, de una Presencia que se dirige al mundo dirigiéndose a nosotros, es decir,

dándose. De este modo, el propósito primordial de la predicación será invitar a los demás a acoger esta Presencia cuya gracia sobrepasa todas las palabras del predicador.

Fray Bruno Cadoré, OP
Maestro de la Orden de Predicadores
Febrero 2013